

cuida-  
n peda-  
se deja  
  
los ob-  
emplea  
hollin,  
tamiz,  
cepilli-  
, y se  
nte los  
quieran

cido.

a acer-  
a poli-  
for es  
cofre  
or, sa-  
s me-  
espues  
amen-  
gendra

59.

ido de  
as. La  
abajo  
que es  
larga  
bre el  
oucha:  
a tela  
arne-  
de fel-  
zon y

para  
do es  
tilo).  
están  
da de  
el de-  
sa flor

uncas,  
tes y  
eiope-  
a rosa  
  
oso, y  
as.

ii.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 13. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Abril 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda. — *Trajes de novedad*. — Traje para salón. — Vestido con galones labrados. — Trajecitos para niños. — *Sombreros de entretiempo*: Sombrero Archiduquesa. — Sombrero Pifferaro. — Sombrero Maria Stuart. — Peinado para baile. — Vestido para salón. — Corbatas de moda. — Paletot de entretiempo. — Gorro griego para caballero. — Vestidos elegantes para sociedad. — Rodaja para

sacar patrones. — LITERATURA: Los ruiseñores, por Salvador María Fábregues. — Mater dolorosa, poesía, por José Jackson Veyan. — Sor Magdalena, por José María Cuenca. — Marina, por Angela Grassi. — Salones y teatros, por Victor Cuende. — Charadas. — Variedades. — Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

¡Bien venido, hermoso mes de Abril, mes de las nuevas flores, de las nuevas galas! ¡Tu aparición es anhelada por todas las mujeres, desde la más frívola á la más espiritual, desde la más risueña á la más adusta! La una sueña con las flores, la otra con los nuevos tejidos y los nuevos colores; ésta con las excursiones campestres, aquélla con los paseos melancólicos á la caída de la tarde, entre las alamedas que empiezan á ostentar sus galas primaverales... ¡También te saluda la humilde cronista á quien ofrezcas infinitas novedades que poder comunicar á sus queridas lectoras!

Los comercios de Aguado, en la calle del Carmen, esquina á la de Tetuan, y la *Villa de París*, en la calle de Postas, 22, han recibido el nuevo surtido de primavera que han ofrecido á mis ojos para que pueda mi pluma describirlos sus encantos. He visto sedería lisa de colores bajos y ténues, destacando entre todos el color de tilo, color verde-claro y amarillo dudoso, y reseda desvanecido, color, en fin, vago, indefinible, adorable de novedad y dulzura. Tal es el color tilo, que será el color de la estación, porque se ha reproducido en seda, en lana y hasta en percal, combinado con azul ó con gris. No hay dibujo decidido este año; la moda lo autoriza todo, y al lado de los cuadrillés se admiran las rayas y los brochados menudos, y el jaspeado que se presenta como nuevo en la palestra, pero que no excluye los otros gustos. Las lanas dominan entre todos los tejidos: lanas puras y flexibles para trajes de viaje y de diario; lanas con mezcla de seda en jaspeados de muchos colores, y que aun así no dan por resultado un vestido chocante, porque de la misma confusión resulta la armonía; listas menudas y escalonadas para vestidos de combinación; granadinas á listas y cuadros calados en el mismo gusto jaspeado para túnicas; y nada os diré de las parisienas, alpaca y multitud de tejidos de un color en lana ó mezcla de seda y lana, porque sería tarea interminable: otro tanto os diré de las cretonas y mouhous, percal muy fino, porque son tantas las clases y los gustos, que vale más que cualquiera de mis lectoras se encargue de juzgar por sí misma acercándose á los citados almacenes.

En hechuras hay poco nuevo; sin embargo, me apresuro á indicar que la estrechez de nuestros trajes empieza á decaer, y si no han perdido todavía los vestidos las



1 Y 2. TRAJE PARA SALON.

infinitas ligaduras que hacen de cada mujer una figura sin movimiento, estas ligaduras empiezan á dilatarse, á tener alguna más extensión, y como hasta la moda tiránica no impone sus revoluciones sino poco á poco, confío en que nuestros trajes habrán perdido en breve la exageración que los deslucen. La forma *Princesa* se sostiene inalterable, así en túnicas como en vestidos, y como es indispensable, para que esta forma siente bien, cuidar de la forma de la ropa interior, considero que el próximo número del 18 será muy bien recibido por las suscriptoras de *El Correo*: en él encontrarán enaguas de abri-

otro tipo de sombreros de primavera, rodeados de guirnalda de flores, con el ala caída, dejando apenas asomar una ruche de encaje y con bridas de cinta ó de tul. Tengo á la vista uno de fondo verde-tilo con ala de paja de arroz y guirnalda de miosótis, que es una creación fantástica. Con la Pascua de Resurrección comienzan ya á exhibirse estos sombreros ligeros, vaporosos, en armonía con los nuevos trajes.

Como en todo cambio de estación se habla de abrigos, fuerza es ya dejar los de tricot y pieles por las confecciones de entretiempo, que luego sirven de abrigos de cam-

go y de vestir, con sus patrones, y presentado el modo de armarlas á un canesú que ciñe perfectamente las caderas evitando todo bulto ó plegado en el talle. Este sistema es hoy preciso para que los vestidos sienten bien, y son pocas las modistas que no le exigen al encargarse de un traje de alguna pretension. Asimismo, la buena forma del corsé es muy importante para la del vestido.

Los trajes de combinación seguirán disfrutando el favor de la moda, y entre los últimos modelos que han llegado á mis manos figura uno azul marino de faya, combinado con brochado menudo azul sobre fondo tilo, que es de tanto gusto como novedad: la forma es *Princesa*; pero, á partir desde la aldeta de la espalda, las dos telas se confunden artísticamente: hay otro negro con adornos amarillos, color muy admitido en París, pero que yo no aconsejaré á mis lectoras; mezclado con el negro, reproduce la combinación de colores del tigre y de la pantera, como ha dicho un célebre crítico francés; y solo, es á una riqueza tal, que compite con el encarnado, siendo sólo admisible para trajes de salón. Consigno, pues, la novedad, sin recomendarle, sobre todo á quien no asista á recepciones de la primera importancia.

En sombreros hay como novedad el sombrero *Corona*, y no faltará quien pregunte al verle: ¿es un sombrero? Razon tendrán; pero habrémos de dar este nombre, á falta de otro más pequeño, á un echarpe de faya blanca ó del color del vestido, bullonado sobre una armadura de tul que rodea simplemente la cabeza: ¡Me dicen de París que parece un turbante, pero que es un sombrero! Las coronas de flores, que ya forman el principal adorno de los sombreros de otras formas, aprovecharán la nueva para afirmar su existencia. Los fondos, bullonados á lo largo, al traves, ó en diagonal, en faya ó en gasa, son



po y playa durante el estío. Casi siempre los modelos de una estación se corresponden con los de la siguiente, y los del invierno que termina nos indican los que se preparan: háblase ya del paletot largo, redingot, vesta-frac, y de la manteleta con pequeñas puntas cuadradas por delante. El cachemir, la siciliana y las lanas dulces color gris ó marrón serán las encargadas de todos estos abrigos de primavera, que se adornarán con flecos de pasamanería, galones ó encajes.

Como accesorios, dícese que empieza á suprimirse en los trajes la limosnera, sobre todo en los de pretension. ¡Todo pasa en la vida! Fuerza es confesar que ha hecho esfuerzos inauditos para agradarnos, ofreciéndonos multitud de formas y llegando á ser un detalle de coquetería en nuestros vestidos. No obstante, los de salidas diario y los de recibir en casa la conservan aún. El fichú en cambio sigue ganando terreno, se le ve de todas clases y hechuras, ya de encaje sujeto con flores, ya de muselina con lazos. Los cuellos de diario se hacen grandes, forma mosquetos, de Holanda con plegados de muselina; y para vestir, y sobre todo para salón, hay las camisetas bretonas cerradas hasta el cuello con encajes y bullones de tul, y mangas largas correspondientes que reemplazan á las del vestido.

JOAQUINA BALMASEDA.

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1 Y 2. TRAJE PARA SALÓN.

Estos modelos presentan un mismo traje con adornos distintos hechos en faya: el cuerpo, muy escotado en la cadera, termina por detrás con dos puntas de frac, y la falda lleva más largo el paño de adelante, y fruncido de las orillas con cordones, colocando el adorno como sobre-falda y bajando por detrás una gran caída á unir con el paño de adelante, completando la túnica: galones labrados y fleco ó encaje adornan el vestido, y un plegado ancho el borde de la falda con biés ó galon á la pegadura.

#### 3 Y 4. TRAJES PARA NIÑOS.

El primero es un traje de franela color castaña, con sombrero igual y adornos de paño negro; botas altas de paño, sombrero con plumas de gallo.

El segundo es un vestido para niña, con cuerpecito de punto de aguja para que abrigue el cuerpo: la falda, plegada, es de cachemir del mismo color del cuerpo, y el cinturón ó echarpe como la falda, ó de seda del mismo color. El cuerpo, que cierra por detrás con botones, se comienza por un lado de la espalda y se hace á punto de faja con agujas gruesas y á la medida de un patron. Una vuelta de crochet calada y onditas al borde terminan el escote y mangas pasando una cinta de seda por la vuelta calada.

#### 5, 6, 20 Y 21. SOMBREROS DE ENTRETIEPO.

5. *Sombrero Pifferaro*.—Es propio para señoras jóvenes, hecho en castor ó paja negra, con el ala levantada de un lado y forrado de seda: un biés de 25 cents. de seda color tilo rodea la copa, y una guirnalda de flor de tilo y rosas pequeñas. Escarapelas por delante.

6 y 20. *Sombrero María Stuard*.—El ala es de paja negra, y forma por delante el pico María Stuard, con biés de faya negra, mientras el fondo, bullonado, es de faya tilo: una cinta negra le rodea y descende en lazadas por detrás, completando el sombrero corona de miosótis, hojas bronceadas y felpillas flotantes por detrás.

21. *Sombrero Archiduquesa*.—El principal adorno de este sombrero es la corona de avena muy poblada, cuyas ramas se suspenden de felpilla color de oliva: más alto que la corona, un biés de faya verde-oliva rodea el fondo, que, como el ala, es de castor verde-oscuro: por delante le adornan ruche y lazadas de faya.

#### 7. PEINADO PARA BAILE.

Presenta un tocado de la mayor sencillez, y que no exige cabello postizo: se separan del centro los cabellos y se tienden sobre crepé, continuando á cubrir las dos grandes cocas de crepé que redondean la cabeza, dejándolos descender en puntas flotantes. Pueden desde aquí ser cabellos postizos los que flotan por la espalda. Corona de flores de oro, de la que ya han recibido modelo vuestras lectoras en números anteriores.

#### 8 Á 10. VESTIDO PARA SALÓN.

Los núms. 8 y 9 presentan por delante y por detrás un vestido sin túnica y ricamente adornado. El vuelo de la falda que presenta además extendida el núm. 10, es de 342 cents. por 111 de largo por delante, 160 por

detrás. Como indican nuestros modelos, cuatro tiras ó biéses suben por un costado oblicuas para volver á bajar por detrás, después de sujetas en el centro con un lazo terminando la parte inferior de estos biéses un galon labrado y fleco ó encaje. El núm. 8 presenta un vestido de faya negra con galones brochados negros y color de tilo y plegados de este color: el núm. 9 es de faya azul-claro, con biéses y lazos de faya rosa-baja, orillados de puntilla guipure blanca.

#### 11 Y 12. CORBATAS.

La primera es de seda color cardenal, con entredoses y encaje irlandés, siendo de este mismo encaje el ramo que va en el centro de la punta sobre la seda. La segunda es de faya rosa-bajo de 100 cents. de largo por 20 de ancha, los dos bordes cosidos por detrás; las puntas van deshiladas sobre un plegado de gasa blanca.

#### 13 Y 14. VESTIDO CON TÚNICA.

Puede hacerse de tela lisa y tela rayada, presentándole el grabado por delante y por detrás. La túnica se corta por cualquiera otra de forma princesa, y se adorna con plegados que son de tela contraria al vestido. El número 13 le presenta de parisien gris: la falda y la túnica á rayas cuadran sobre el fondo gris con biés y plegados de color liso. El núm. 14 es un vestido cuadrillé sobre negro y blanco con plegados y galones gris.

#### 15. ACERICO.

Es un acerico de seda, relleno de salvado ó limaduras de hierro, y la cubierta de cañamazo, bordada en tablero de damas con cuentas de cristal. Un fleco, también de cuentas de cristal, le termina alrededor.

#### 16 Y 17. CUELLOS DE NOVEDAD.

El núm. 16 es una tira de tul blanca de 9 cents. de ancho por 34 de largo, plegada y guarnecida de encaje, colocado éste sobre una cinta deshilada en fleco igual á la que sirve de corbata.

El núm. 17, armado en una tira de tul negra, es una tira de faya azul á tablas cortadas en pico y guarnecidas de encaje negro, bordado éste con cuentas azuladas: nudo con caídas de cinta azul y guarniciones en la manga, correspondientes al cuello.

#### 18 Y 19. PALETOT DE ENTRETIEPO.

Patron en el mes de Noviembre anterior.

Es un paletot entre ancho, presentado por delante y por detrás, de 71 cents. por delante y 82 por detrás, con 170 de vuelo por abajo. El núm. 18 le muestra de cachemir forrado de seda y bordado de soutache, y el núm. 19 de matalasée negro con galones negros y lazos de cinta de faya.

#### 22 Á 24. GORRO GRIEGO PARA CABALLERO.

Está hecho en matalasée marrón, ligeramente entrelado, bordado con torzal de color más claro y las cruces de oro, siguiendo el dibujo de la tela, á cuyo efecto los núms. 23 y 24 ofrecen dibujos distintos, teniendo que acomodarse al que tenga el tejido: cordon y borla de torzal y oro le completan.

#### 25 Y 26. VESTIDOS PARA SOCIEDAD.

El núm. 25 es un vestido con túnica que puede cortarse por patrones ya recibidos por nuestras lectoras: por delante se deja muy larga para formar pliegues, y tirantes de terciopelo parten de adelante, desde el primer pliegue transversal, á descender por detrás en bandas hasta el fin de la túnica. Nuestro modelo es de tela marrón lisa y rayada, con los tirantes y vueltas de seda del mismo color, fijando las bandas por detrás grupos y cordones de pasamanería, fleco de lana y seda.

El núm. 26 es un vestido con coraza y sobrefalda; el paño de delante está ligeramente bullonado y sujeto con biéses y lazos, mientras que los de atrás bajan lisos: la coraza cierra por delante con botones y forma punta por detrás, sobre la cual se anuda un echarpe de 16 cents. de ancho, que sirve de remate al biés con fleco y encaje á la cabeza que orilla la coraza: el fleco guarnece además el echarpe y segunda falda, adornando la primera un plegado ancho, sujeto con dos pespuntos al vestido.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



### LOS RUISEÑORES.

La primavera es la más bella estación del año, así como la niñez, primavera de la vida, es la época más feliz.

La una tiene sus flores y sus pájaros, sus embalsamadas auras y sus bellísimos crepúsculos; la otra tiene sus juegos y sus alegrías, sus dorados ensueños y sus tiernas expansiones. ¡Ah, quién pudiera aclimatar su existencia en esa feliz edad!

Mas resignémonos con la voluntad del que ha dispuesto lo contrario, y prosigamos nuestra peregrinación en el mundo, si no con la alegría en el alma, con la tranquilidad en la conciencia.

Cuando en la deliciosa alborada de primavera, discurrendo por frondoso bosque, apenas asoma el sol su brillante disco por el Oriente, pisando una alfombra de mullido césped, humedecida con el matinal rocío, oís en la espesura esos dulces cantos con que los arpados poetas de las florestas entonan su himno de gratitud al Omnipotente, ¿no habeis sentido vuestra alma conmovida, y lágrimas de la más pura emoción han empañado vuestra mirada? Pues ese sentimiento prueba que es innata á la criatura la idea de lo bello, como la idea de la existencia de un Dios, supremo artífice de todo lo que periódicamente admiramos en la naturaleza.

Esos pájaros que cantan, y cuyas suaves melodías escuchamos con éxtasis de admiración; esos pequeños seres que saludan la mañana con sus trinos y embellecen las poéticas noches de primavera con sus armoniosos gorjeos; esos pájaros que aman la libertad, de la que no abusan para hacer daño como el hombre; que apetece la soledad de las selvas, estableciendo sus viviendas en las copudas ramas del álamo ó en los espesos cañaverales que crecen en las márgenes de los ríos; esos pájaros son los ruiseñores. ¿Sabeis lo que son?... Pues voy á haceros su historia.

Segun la clasificación de Cuvier y de otros célebres ornitólogos, todas las especies de ruiseñores que se conocen pertenecen al orden de los pájaros y á la familia de los *dentirostros*.

Su condicion distintiva es el pico escotado por ambos lados cerca de la punta, lo que les permite alimentarse perfectamente con los insectos que se crían en los parajes húmedos, que es donde, por lo regular, acostumbra á hacer su nido.

El ruiseñor, nombre con que son conocidos todos los melodiosos cantores de los bosques, pertenecen al género *Pico-fino*, el cual se divide en nueve subgéneros, cuya enumeración no nos parece oportuno dar á nuestros lectores, porque ocuparía más espacio del que podemos disponer. Citaremos, sin embargo, algunos.

Al sub género *ruleceta* pertenecen el *ruiseñor de paredes*, *fudi-jala*, y el *cuello amarillo*: el subgénero *curruca* pertenecen la *curruca-comun*, la de los *jardines*, la de la *cabeza negra*, el *ruiseñor de pantanos*, el *pinta-rojo*, veinte clases más de curruca naturales del viejo y nuevo continente, la *filomela*, y quince pájaros más de diferentes nombres. Todos ellos poseen esas armónicas entonaciones que cautivan la atención y dan al alma la alegría y la fe. ¿Qué excéptico puede dudar de la existencia de un Ser Supremo al oír las dulces notas con que un pequeño animal festeja al autor de tales prodigios? Sabemos que la ciencia los explica por medio de la estructura especial de la laringe de los pájaros; pero sobre las opiniones de los sabios hay siempre un misterio que al hombre no le es dable profundizar.

Explíquese en buena hora, fisiológicamente considerado, que los ruiseñores cantan porque su tráquea y su laringe no son más que una misma cosa, ocupando la cantidad de la glótis toda su longitud, y porque, en vez de una, poseen dos pares de cuerdas vocales; pero ¿quién ni cómo se explicará lo cadencioso y armónico de su canto? Se dirá que los padres han enseñado á sus hijos, y éstos á los suyos, y que así sucesivamente se ha transmitido la filarmonía en esos animales; pero á eso replicaríamos: ¿quién fué el maestro del primer ruiseñor? ¡Ah! el racionalismo no ha querido profundizar tanto; llama eso reconditeces, por no darle su verdadero nombre, porque tendría que confesar lo que es el principal objeto de su infatigable tarea... ¡Trabajo perdido! Vuestras tinieblas se disipan al más pequeño rayo del sol de la verdad. Nadie, absolutamente nadie que esté dotado de mediano conocimiento, podrá menos de convenir que desde el



átomo al pico de Himalaya, desde la hormiga al rey de las selvas, el leon, todos proclaman la infinita sabiduría, el inmenso poder del que rige los destinos del mundo sin cuidarse para nada de que á su voluntad se oponga la voluntad de los hombres usufructuarios de su obra. Al meditar sobre este punto, no podemos menos de exclamar con la sublime elocuencia del desterrado de Pathmos (el evangelista San Juan): *Grandes y admirables son tus obras, oh Señor Dios Omnipotente!*

Y hé aquí cómo hasta en la cosa más inocente debemos ver un destello de la divinidad. Unos animales tan pequeños, tan insignificantes como los ruiseñores, y cuyo mérito consiste principalmente en su canto, sirven para probar la existencia de un ser que hasta el filósofo de Ferney decía: *que si no existiera, se tendría que inventarlo*. Chateaubriand, con poética frase, también recurre á idénticos argumentos para aducir semejante prueba. Fenelon hace lo propio, y mis bellas lectoras, al oír el canto del ruiseñor en la apacible tarde de primavera, bendecirán desde lo más íntimo de su corazón al que ha hecho cosas tan buenas.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

### MATER DOLOROSA.

¡Vedla entre su negro manto  
Presa de mortal delirio!...  
Allí está bañada en llanto.  
¡Es ella!... ¡Es el sacrosanto  
Complemento del martirio!  
Está sola en su profundo  
Pesar: sola en su agonía,  
Sobre el Calvario fecundo!  
¡Sola la Virgen María,  
Junto á Jesús moribundo!  
¡Adónde están los pastores,  
Que con sus frutos mejores,  
En Belén te regalaron?  
¿Dónde, que así te dejaron  
Á solas con tus dolores?  
¿Dónde está el pueblo divino,  
Esclavo de su fe pura?...  
¡Contéplale en tu camino,  
Trasformado en asesino  
De tu calma y tu ventura!  
No te admire ni te asombre  
Esa ingratitud sin nombre:  
¡Quien, niño, le santifica.  
Hoy, hombre, le crucifica!...  
¡Así, María, es el hombre!  
Él, el humilde cordero;  
Él, puro emblema de amor,  
Enclavado en un madero  
Criminal... ¡El orbe entero  
Se estremece de dolor!  
¡La flor sus pétalos cierra;  
Las nubes, en cruda guerra,  
Se deshacen en torrentes,  
Y los ríos y las fuentes  
Se desbordan por la tierra!  
¡La Cruz crece en proporción,  
Y crece la admiración,  
Y el alto Gólgota crece,  
Y es que todo lo engrandece  
La sublime Redención!  
Noche lúgubre y sombría  
Roba al sol su ardiente luz,  
Y al ave su melodía...  
¡Todo dice que María  
está llorando en la Cruz!  
¡Sola y sollozando está,  
Y su martirio cruento  
Excede al de Jehová,  
Que Jesús espiró ya,  
Y ella aún sufre su tormento!  
Sufre al ver al Hijo fuerte  
Doblar la cabeza inerte,  
Crisol de ideas divinas,  
con la corona de espinas  
Que aún se mofa de su muerte.  
Mira en su frente la historia  
De su muerte expiatoria:  
Le vé sin alma y sin luz,  
Y desplomado en la Cruz  
Bajo el peso de su gloria.  
Perdida ya su esperanza  
Otro consuelo no alcanza  
Que suspirar su dolor.  
En sus ojos no hay rencor,  
en su pecho no hay venganza.  
Podrá un hijo en su agonía

Perdonar la saña impía  
del que su pecho taladre;  
Mas ¡perdonar una madre?...  
¡Sólo la Virgen María!

Su infortunio despiadado  
La hiere con un rigor  
Tan duro, tan extremado,  
Que no hay dolores al lado  
De aquel inmenso dolor.

¡Dolor que en la eternidad  
De los siglos se halla escrito;  
Dolor tan grande en verdad,  
Que llena la inmensidad  
Y toca en el infinito!

¡Dolor sagrado y profundo  
Que lleva la gloria en pos!  
¡Dolor sublime y fecundo!  
¡Dolor que redime un mundo,  
y eleva el hombre hasta Dios!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Madrid 26 Marzo 77.

### SOR MAGDALENA.

NOVELA

POR JOSÉ MARIA CUENCA.

(Conclusion.)

XXIX.

El conde de Blanca había alejado, con diferentes pretextos, á todos los criados de la quinta, y esperaba á su adversario y sus testigos con el duque de Salices, el príncipe de Kersy y un cirujano.

Á las diez en punto, llegaron el baron, el marqués y el general. El conde los recibió con la más exquisita finura, como si fueran antiguos y queridos amigos que le iban á visitar.

Como llovía bastante, tuvieron que esperar que el cielo escampara. Mientras tanto, los testigos escogieron las armas.

Cerca de las once, la lluvia cesó, y un viento seco y frío, disipando las nubes, creó un poco el suelo.

—Señores, dijo el duque de Salices, que, como más anciano, llevaba la palabra; me parece que podemos ya dirigirnos al parque; mientras llegamos al sitio elegido, el cielo estará completamente despejado.

Como todo estaba dispuesto de antemano, cuando llegaron al terreno marcado midieron los ocho pasos, colocaron á cada adversario en su sitio y le entregaron una pistola.

El conde de Blanca estaba impasible; el baron de San Andres muy pálido, y su mano tembló cuando cogió la pistola.

No sé qué negros presentimientos cruzaban por su mente.

El general Medina le miró fijamente, haciéndole un gesto expresivo que quería decir:

—Si tiembles de ese modo y no te sobrepones, eres hombre muerto.

El baron lo comprendió, y procuró tranquilizarse.

—¿Están ustedes prontos, señores? preguntó el duque.

Los dos adversarios se apuntaron.

—¡Fuego! gritó el duque retirándose á su sitio.

Las dos detonaciones se oyeron al mismo tiempo.

El conde de Blanca no se movió; el baron de San Andres vaciló algunos instantes, extendió los brazos agitando en el espacio, y cayó de espaldas al suelo, antes de dar tiempo á que nadie llegase á sostenerle.

Tenía destrozado el rostro.

XXX.

Apénas habían llegado al parque, cuando un coche tirado por dos caballos cubiertos de espuma y sudor se detenía delante de la puerta de la quinta.

Laura se apeó de un brinco y comenzó á agitar violentamente el alabon, gritando al mismo tiempo:

—¡Abrid, abrid, en nombre de Dios!

Pero nadie le contestaba.

Aplicó el oído á la cerradura y escuchó inútilmente también; todo estaba sumido en el más profundo silencio; sólo se oían de vez en cuando los lúgubres quejidos del viento que se escapaba furioso por las rendijas de las puertas.

—¡Si habré oído mal! exclamó. ¡Si sería alucinación mía!... Nó... nó... oi bien... Decían: ¡Mañana á las diez, en una quinta que posee el conde en Fuencarral!... Sí... sí, eso decían... ¡un duelo á muerte!... ¡un duelo á muerte!... ¡Dios mío!... ¡estarán todos muertos! Esta casa parece una tumba... Tengo miedo de este silencio....

De repente pareció asaltarle una idea.

Como si la desesperación la hubiera prestado alas, empezó á correr siguiendo la pared del jardín hasta que lle-

gó sin aliento, medio muerta de fatiga, á una pequeña puerta que comunicaba con el parque.

Allí creyó escuchar rumor de voces, y haciendo un esfuerzo sobrehumano se disponía á llamar, cuando oyó las dos detonaciones.

Lanzó un agudo grito, y cayó desmayada contra la puerta.

El duque de Salices oyó el grito y el golpe, y abrió presuroso, corriendo á socorrer á Laura, á quien había reconocido al momento.

El conde de Blanca también la conoció, pero no se movió del sitio donde estaba. Sólo sus miradas severas y penetrantes brillaron de una manera extraña al ver á un lado de la puerta á Laura, sin conocimiento, en los brazos del duque, que intentaba volverla á la vida, y al otro lado, tendido en el suelo, á su seductor, á quien el cirujano vendaba el rostro, porque no había muerto todavía.

XXXI.

El conde de Blanca volvió á ocuparse de los asuntos diplomáticos que le tenía encargados el gobierno, y se marchó á Bélgica.

El baron de San Andres no murió de su herida, lo que para él fué una desgracia horrible.

La bala del conde le había destrozado completamente la nariz y la mandíbula izquierda, desfigurándole el rostro de una manera que causaba espanto.

Cuando vió en un espejo su fealdad, se desmayó.

¡Cómo había de presentarse delante de nadie en aquel estado, él, que en tanto aprecio había tenido siempre su belleza! ¡De qué le servía ahora su título de duque y su inmensa fortuna!...

Su vida fué un cruel y continuo tormento, y ni á sus más íntimos amigos volvieron á verle jamás.

EPILOGO.

¡Qué cosa tan triste es la guerra! ¡Victorias y derrotas! ¡cuántas lágrimas cuesta!

Si los que gobiernan las naciones; si los que disponen en la tierra de las vidas ajenas y emprenden campañas sin necesidad, por capricho de conquistas y grandezas, por saciar su ambición, pudieran contemplar por un momento los dolores, las angustias, las aflicciones de tantas madres á quienes arrancan el corazón y las entrañas; si les fuera dable oír sus gemidos y lamentos, se detendrían indudablemente horrorizados!

No hablo de la defensa de la patria, de la independencia del territorio, de las invasiones extranjeras. Estas no son guerras donde triunfa el orgullo del que manda; cada uno defiende su casa, su familia, su libertad, todo lo que inspira el valor y las grandes ideas de sacrificio, todo lo que eleva el alma sobre el egoísmo y hace entregar la vida sin sentimiento. Entonces las madres no son madres, son las mujeres de Sagunto, de Numancia y Zaragoza; no lloran, se defienden también; no tiemblan, combaten. Son heroínas; y como Cornelia Scipion, la madre de los Graccos, aunque tengan que ocultar el rostro debajo del manto para no presenciar la catástrofe, entregan un puñal á sus hijos para que mueran honrados si no pueden vencer.

Hablo de la herencia de Cain, de las luchas fratricidas; de las guerras civiles. Todos han nacido bajo el mismo cielo, y muchos... ¡ay de mí!... bajo el mismo techo; todos hablan el mismo idioma, tienen las mismas costumbres; no defienden el hogar de sus mayores, ni su independencia, ni su libertad; defienden la ambición del que por fuerza los arrastra á la muerte.

Yo no sé si el que esto hace podrá siempre dormir tranquilo; creo que nó. Por ciego que le tenga el furor de su ambición, sufrirá más de una noche insomnios semejantes al de Ricardo III de Inglaterra la víspera de la batalla de Bosworth. Verá pasar en fantástica procesion sus víctimas mutiladas, destrozadas por las balas contrarias, y madres, padres, ancianos, desvalidos, arrojándole al rostro sus desgracias, sus miserias y sus infortunios envueltos en maldiciones.

Quisiera llevaros á las montañas de Guipúzcoa, en los últimos meses de esa lucha encarnizada que la funesta tenacidad de los partidarios de una causa ya sin eco en España ha hecho tan sangrienta; pero no me atrevo á proponeros el viaje. ¡Es tan horrible lo que hay que ver!

Pueblos destruidos, montones de escombros, mujeres, ancianos y niños sin hogar, buscando, en el mayor desconsuelo, entre tantas ruinas, restos de sus ajuares. ¡Cuántos años de trabajos y privaciones, de penas y afanes para levantar aquellos techos que habían de cobijar su vejez y la de sus hijos, destruidos, nó por la cólera del cielo, sino por la ira de los hombres, mucho más terrible todavía cuando se desencadena!

En los campos, zanjas inmensas, largas, profundas, donde, mezclados los cadáveres de los adversarios, sin



rencores ya, como Dios los había creado, para amarse y protegerse unos á otros, la caridad les da reposo, mientras sus almas, estrechamente unidas en el reino del olvido, de la indulgencia y la misericordia, perdonan á los que les han impedido ser hermanos antes de morir.

En las ambulancias, en los hospitales, ayes, gemidos, lamentos. ¡Y Dios bendiga esas santas instituciones de

tro cubierto con un velo que jamás se levanta, solícita, activa, incansable, había llegado á inspirar tan grande simpatía y amor, que nadie podía pasarse sin sus consuelos.

Era Sor Magdalena.

En medio de los delirios producidos por la fiebre, lla-



5. Sombrero Piferaro.

caridad que llevan el consuelo y la resignación á tantos desgraciados y les impide morir maldiciendo!

En uno de aquellos hospitales, el más grande de todos y el más poblado siempre, donde más se sufría y se trabajaba sin cesar, una enfermera de majestuoso porte, de dulce y suave acento, de mágica y melodiosa palabra que



3 y 4. Trajes para niños.



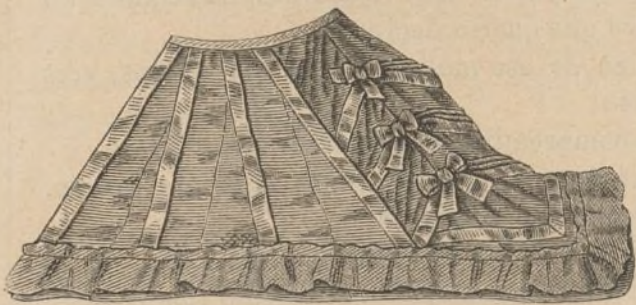
6. Sombrero Maria Stuart. (Véase el núm. 20.)

maban los enfermos á Sor Magdalena; su presencia parecía calmarles los sufrimientos.

¡Con qué paciencia los distraía haciéndoles recordar sus familias, sus hogares, sus amores, sus amigos, su país natal!... En los momentos de peligro, les hablaba de Dios, de otra vida mejor, sin penas ni afanes, donde un



7. Peinado para baile.



10. Falda extendida para los vestidos 8 y 9.



8. Vestido para salon. (Véanse los núms. 9 y 10.)



9. Espalda del vestido núm. 8. (Véase el núm. 10.)

llegaba al fondo del corazón de los enfermos infundiéndoles esperanza y resignación, parecía el ángel de la caridad enviado por Dios á aquella mansión del dolor para consolar y proteger infortunios. Vestida de negro, una cruz roja sobre el pecho, el ros-





EL CORREO DE LA MODA  
*Periodico ilustrado para las Señoras*  
Plaza de Isabel 2<sup>a</sup>. II. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



dia h  
hemo  
Y aq  
ras y  
tados  
de m  
pieda  
Son  
aque  
los en  
cundi  
se la  
En  
llas f  
terio  
piaci  
se atr  
La  
deten  
petuo  
abneg  
la co  
prodi  
fermo  
ba pa  
ra en  
Son  
oculta  
por l  
dados  
habi  
quie  
conoc  
oficia  
fes, d  
que n  
habia  
gos y  
sa en  
janos  
Son  
habia  
ra de  
desa o  
Su  
so vol  
bajo e  
gal, y  
lacio  
encon  
que a  
por t  
Sol  
ilusic  
deses  
arroja  
precip  
¿De  
util?



dia hemos de reunirnos todos los que nos hemos amado en este mundo de aflicciones. Y aquellos rudos soldados, de toscas maneras y torpe lenguaje, la escuchaban encantados, enternecidos, trasfigurados. Después de muertos, les cerraba los ojos con santa piedad.

Sor Magdalena, no sólo disfrutaba de aquella consideración en el hospital y entre los enfermos; la fama de su caridad había cundido por el ejército, y por todas partes se la veneraba.

En aquel aspecto distinguido, en aquellas formas delicadas se adivinaba un misterio, quizá una expiación, que nadie se atrevía a indagar.

La curiosidad se detenía muda y respetuosa ante tanta abnegación, y toda la compasión que prodigaba a los enfermos la encontraba para ella con usura en los demás.

Sor Magdalena no ocultaba su rostro por los pobres soldados, que jamás la habían visto; de quienes temía ser conocida era de los oficiales, de los jefes, de los generales, que muchos de ellos habían sido sus amigos y visitado su casa en tiempos no lejanos.

Sor Magdalena se había llamado Laura de Sandoval, condesa de Blanca.

Su esposo no quiso volverla a recibir bajo el techo conyugal, y tuvo que ir a buscar un asilo a su palacio de las montañas de Guipúzcoa. Allí se encontró en medio de la gran desolación que afligía al país: tristeza, luto y lágrimas por todas partes.

Sola, abandonada, sin esperanzas ni ilusiones, sintiendo terribles accesos de desesperación, hubo momentos en que pensó arrojarle en algunos de aquellos profundos precipicios por cuyo borde cruzaba.

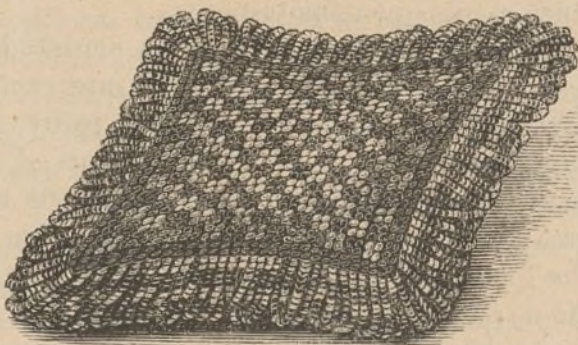
¿De qué la servía la vida? ¿A quién era útil?



14. Corbata con encaje.



13 y 14. Vestido con túnica.



15. Acerico bordado con cuentas.



16. Cuello de tul y encaje.

Nadie la amaba; su corazón seguía siempre vagando en el espacio sin encontrar jamás dónde posarse.

Engaños, decepciones, egoísmo, era lo único que había encontrado en el mundo, y la habían arrastrado a cometer una culpa, un crimen, que la atormentaba horriblemente. La vergüenza, el disgusto, los remordimientos la seguían por todas partes con una saña cruel.

A la aldea inmediata, hasta donde llegaban sus paseos, conducían muchos heridos, hijos de aquellos pobres aldeanos.

En los primeros días, su propia aflicción, sus penas, no la habían dejado notar las de los demás. El dolor tiene también sus egoísmos.

Una tarde se había detenido, quizá sin saberlo, en el sitio donde en otro tiempo, en la época de su niñez, se levantaba la casa de una honrada mujer, viuda con tres hijos, a quien tenía Laura singular predilección.

De la casa, sólo quedaban las paredes forales y un pedazo de cobertizo en un rincón, amenazando ruina; de la familia... ¡de la familia, en aquel

momento, quedaban la viuda y un cadáver! Acababan de traerle a su último hijo muerto.

Estaba sentada debajo del cobertizo, sobre un extremo del jergón, donde yacía el cuerpo exánime del soldado, y a su alrededor, en el suelo y sobre el jergón, esparcidas varias prendas de los otros dos pedazos de sus entrañas, muertos también en aquella sangrienta lucha.

La viuda, la infortunada Teresa, no lloraba, ni gemía, ni murmuraba. Los dolores profundos son siempre silenciosos. ¡A qué llorar un instante lo que se tiene toda la vida para sentir!

Con los brazos caídos, las manos cruzadas, los ojos fijos, clavados en el cielo, que se veía por entre las grandes grietas del cobertizo, buscaba lo que ya no podía encontrar en la tierra.

Aquella humilde actitud, la resignación de aquella pobre madre, tenía algo de sublime.

Los postreros rayos de luz de un día triste de otoño iluminaban su pálido rostro, divinizado por el dolor.

Laura, muda, silenciosa, aterrada, contempló algunos instantes aquella escena de desolación, y le pareció que no de los labios, sino del corazón de aquella madre angustiada, salía una voz que repetía las palabras de la Madre de Dios, cuando estrechaba entre sus brazos el cadáver de su Hijo al pie de la cruz:

12. Corbata de seda y gasa.

¡Oh, vosotros todos los que pasáis por este camino, deteneos y contemplad si hay dolor comparado a mi dolor!...

Laura no procuró consolarla; comprendía que era empresa inútil; pero mandó dar sepultura al cadáver, y se llevó a la pobre viuda a su palacio.

Cuando Teresa la dijo: ¡Dios se lo pague a usted, hija mía! sintió en el corazón un consuelo que no había experimentado nunca.

Y «¡Dios se lo pague a usted!» oyó desde



17. Cuello de encaje negro.



aquel instante repetir de muchos labios, porque sus miradas se habían fijado por fin en lo que pasaba á su alrededor.

Aquellos dolores eran más grandes que el suyo; dolores sin compensación, dolores divinizados ya por Raquel, que no quería consolarse porque sus hijos habían muerto; por Noemí, la sublime belleza, que se llamó Amargura desde que perdió los pedazos de sus entrañas.

Una noche entró en la iglesia de la aldea; acababa de librarse una gran batalla. Agrupados alrededor del cura, un venerable anciano, que en vez de consolarlas lloraba con ellas, había muchas afligidas mujeres, madres, esposas, hermanas. El pobre cura, con la voz ahogada por los sollozos, les decía, señalando con su trémula mano á la efigie del Redentor elevada en la cruz: ¡El os consolará, Él os amparará!... Lo ha prometido, lo ha dicho: *Venid á mí los que sufrís, que yo os consolaré... Venid á mí los desamparados, que yo os protegeré... Yo soy el Señor que fortifica á los débiles y socorre los desvalidos.*

Laura oró y lloró arrodillada y contrita. Su vida no era inútil; tenía una misión que cumplir: la caridad.

Ella podía consolar algún tanto á aquellos desgraciados, ampararles en nombre de Dios.

Su palacio era grande, y en él cobijó á cuantas personas pudieron acomodarse. Sus bienes de fortuna no eran considerables, pero sí suficientes para socorrer bastantes necesidades.

¡Qué consuelo sentía á su vez en el corazón! Ya no era débil, Dios la protegía; ya no estaba sola en el mundo, Dios la amparaba. Aquellas pobres ancianas lloraban por sus hijos heridos, enfermos en los hospitales, y ella quiso ir por amor de Dios á cuidarles, tomando el nombre de la pecadora arrepentida.

La guerra terminó, y Sor Magdalena, redimida por su caridad y abnegación, fué á llamar á la puerta de un humilde convento de monjas Teresas que hay en la aldea.

Los hombres la habían abandonado y ella no quiso separarse de Dios, que la había protegido contra su desesperación.

Repartió los bienes que había heredado de su padre entre los pobres, y tomó el hábito, con el nombre de Sor Magdalena. Cuando oyó cerrarse detrás de sí la puerta que para siempre la separaba del mundo donde tan desgraciada había sido, respiró satisfecha, como el que, después de una larga y penosa jornada, llega al sitio del descanso y el reposo.

—Ya sé, pensaba, que nos es forzoso llevar á todos en este valle de lágrimas nuestra cruz sobre los hombros; que es inútil desesperarse y quererla arrojar al suelo si nos parece pesada, porque al punto viene á ocupar su puesto otra más pesada y fatigosa; y, si hemos de llevar la del remordimiento, la del sacrificio es mejor, no pesa tanto.

FIN.

MARINA  
POR  
ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Provocó la explosión, manifestando de improviso á ambos jóvenes que debían partir al día siguiente.

Pero si Dimitri se inmutó, Marina permaneció tranquila.

—Tiene más dominio sobre sí misma que él, pensó únicamente el ambicioso padre.

Tan ardiente era su deseo de que su hija ciñese una corona, que había perdido la natural lucidez y sagacidad de su carácter.

Entonces invitó á Marina á que bajase al jardín, pretextando tener que hablar de cosas graves con Dimitri, y prometiendo que irían luego á reunirse con ella.

Así que la joven se hubo alejado, el Palatino prorumpió diciendo:

—¿No veis cuánto sufre esa infeliz? ¡Ah! ¿por qué os complacéis en su martirio?

—¡Sufrir!... ¡yo!... balbuceó Dimitri desconcertado.

—¿No habéis observado su palidez, la tristeza que nubla su semblante?... ¡Os ama, Dimitri, os ama, y, devorada por su pasión, se va encaminando á la tumba!

—¿Qué decís? exclamó Dimitri con un arrebatado de loco júbilo... Pero no, no es verdad; no puede ser verdad... Marina tiene esposo...

—¿Por qué os dís hospitalidad? prosiguió el Palatino sin escucharle; ¿por qué, incauto, la permitís que siguiese al ejército, proporcionándoos los medios de interesar su corazón?... ¡Os he dado una corona de oro, y vos, en cambio, ceñís con una de espinas las sienes de mi desventurada hija!

—¡Me volveis loco! exclamó de nuevo el príncipe fuera de sí; os juro que jamás una palabra de amor ha salido de nuestros labios.

—Y ¿qué importan las palabras, cuando habla el sentimiento? interrumpió el Palatino. Hay un hecho cierto: ¡mi hija os ama, y perezca víctima de su pasión!...

—¡No, no, imposible! repitió Dimitri, vacilando entre el temor y la esperanza.

—Venid, dijo el Palatino, asiéndole de la mano y arrastrándole consigo.

Bajaron ambos al jardín.

El cielo estaba encapotado y sombrío; negros nubarrones pasaban rápidamente unos tras otros sobre la faz de la luna, y robaban al suelo sus melancólicos rayos.

Cárdenos relámpagos fulguraban en el Oriente, y oíase á lo lejos el ruido del trueno, mezclado con los gemidos del viento, que por grados arreciaba.

Marina estaba sentada en un banco de césped, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿En qué pensaba? ¡Quizás en el momento en que la sería dado por fin estrechar á Jorge entre sus brazos!

El Palatino, arrastrando siempre en pos de sí á Dimitri, llegó hasta aquel sitio.

—Vedla, dijo al príncipe en voz baja; ¡parece la imagen del dolor! ¡Atrevedos á decirme que no os ama, y que no la acongoja abandonar estos sitios, testimonio de su dicha!

Dimitri respiraba apenas, mudo, absorto en aquella inmensa felicidad, á que no había osado aspirar ni aun en medio de sus sueños.

Mnichek se acercó paso á paso hasta su hija, y cogiéndola la mano, la puso de improviso en la de Dimitri, diciendo con tono afectuoso:

—¡Pobres hijos míos! os amais, ¿á qué negarlo? Vanos y ridículos fantasmas de honor y de delicadeza detienen vuestras almas, que anhelan confundirse una en otra para siempre. A vuestro amoroso padre toca vencer vuestros fútiles escrúpulos y haceros felices á pesar vuestro. Desechad vuestras vanas quimeras; la dicha es una delicada flor que dura tan sólo un día: preciso es cogerla á tiempo.

Yo asumo la responsabilidad de todo; yo acepto la parte odiosa que pudiera haber en vuestra conducta...

Mnichek había pronunciado este discurso con suma volubilidad; quería obtener el consentimiento de ambos jóvenes por medio de la sorpresa; no quería que tuviesen tiempo de reflexionar.

—¡Pero, padre! exclamó Marina estupefacta; no os comprendo; bien sabéis que tengo esposo...

—La delicadeza, la fe de la palabra empeñada, no debe llevarse hasta ese límite, Marina, interrumpió el Palatino. Podrás engañar á otros, no á tu padre, que te ama y lee en tu corazón mejor que tú misma. ¿Por qué has permanecido en Tula tanto tiempo? ¿Por qué no has volado ya á los brazos de ese esposo á quien dices amar tanto? ¿Por qué consagras todo tu tiempo á Dimitri, que parece que no puedes vivir más que á su lado? ¿Qué significan vuestras largas conferencias, vuestros paseos solitarios por este mismo parque, las dulces palabras que siempre están prontas á escaparse de vuestros labios?

Calló el Palatino.

Marina, azorada, confusa, descendió precipitadamente al santuario de su conciencia. Cuanto su padre decía era verdad: no era verdadero el móvil que había impulsado su conducta.

Sin embargo, era su alma tan delicada, tan severa su conciencia, que le parecía un crimen el más débil latido de su corazón que no estuviese consagrado á su esposo.

Vaciló, se turbó, no acertó á responder, absorta en el examen rápido de sus propios sentimientos.

Mnichek se aprovechó de su silencio, prosiguiendo con fuego:

—¿Qué significan, si no, tus mejillas descoloridas, tu cuerpo enflaquecido, tu constante tristeza, tu alegría al ver á Dimitri, tu satisfacción á su lado? ¡Ah, pobre hija mía, que el cariño fraternal no puede ser causa productora de tan extraños efectos!

Por otra parte, Dimitri te ama, te adora con todo el trasporte de sus juveniles años; ¿crees que es prudente, crees que es lícito inflamar un corazón generoso para después hacer alarde de escrúpulos insensatos?

Pero, mientras hablaba el Palatino, Dimitri había tenido tiempo de salir de su estupor, de reflexionar sobre aquel grave incidente de su vida.

—Señor, dijo con noble firmeza; amo á Marina, es cierto. ¿Quién puede conocerla y no amarla? Pero aunque ella, que no es posible, correspondiese á mi amor, jamás, jamás pagaría con una traición al hombre que me sacó de mi viviente sepultura, que sufrió por mí toda clase de penalidades y peligros. Jorge es mi bienhechor, mi ami-

go, y antes me arrancaría el corazón que cometer la felonía de arrebatarme su único tesoro.

—¡Sí, padre mio, sí! exclamó Marina inflamada de entusiasmo con aquellas dignas palabras; amo á Dimitri. ¿Quién puede conocerle y no amarle? Pero no del modo que vos suponéis. Le amo como una madre ama á su hijo. Pero aunque le amase de otro modo, jamás, jamás haría traición al hombre generoso á quien entregué mi fe desde niña, que confía en la lealtad de mi corazón, y que en alas de mi amor ha sabido elevarse tanto y tanto sobre el común de los mortales...

Mnichek quedó aterrado; había provocado la explosión, y la explosión había producido un efecto diametralmente opuesto á sus intentos.

Quiso recurrir otra vez á la persuasión, pero fué en vano.

El gigantesco peñasco, batido por las furiosas oleadas, no está más firme en su base de granito que la resolución de Dimitri de no faltar á las leyes del honor y del deber, que la constancia de Marina en guardar la fe empeñada.

—Adios, dijo Dimitri, para cortar aquella penosa entrevista; mañana partiré al rayar el alba. Sólo os volveré á ver, Marina, cuando esteis al lado de vuestro esposo.

—¡Adios, hermano mio, exclamó Marina, y ojalá que la suerte os conceda el galardón digno de vuestras virtudes!

—¡Ah! dijo Mnichek, no perdida aún del todo la esperanza; ¡cuán locos sois! ¿Quién os indemnizará del heroico sacrificio que estais llevando á cabo?

Resonó cerca de ellos un suspiro.

—¿Qué es esto? exclamó Marina. Parece que alguien gime... parece que alguien se queja...

—Es el viento, dijo Mnichek. Volvamos al salón.

Asuntos de tal importancia, no se pueden ventilar en un momento.

Dió el brazo á su hija, y se dirigió hacia el palacio. Dimitri los siguió.

Marina tenía razón: un sér genia muy cerca de ella.

El oro es una llave maestra que abre todas las puertas y vence los imposibles.

Extramuros del palacio se veía un trineo, y por la puerta del parque había penetrado pocos momentos antes un hombre, apoyándose en un jovencillo: eran Jorge y su fiel Tadeo; Jorge, que había querido sorprender á su esposa y leer en sus ojos el secreto de su alma.

Hay una funesta casualidad, tal vez dispuesta por Dios mismo, que descubre al hombre el misterio que debe anonadarle, porque Dios castiga á los soberbios que desconfían de su providencia, y les retira sus tesoros de consuelo.

Jorge no se había contentado con su parte de felicidad; como el apóstol incrédulo, quería tocar su cuerpo deleznable, y la felicidad, que es tan sólo un fantasma, se desvanecía entre sus brazos.

Esa funesta casualidad, pues, le trajo á tiempo para asistir á la anterior escena.

Como todos los celosos, había dado crédito á las perfidas insinuaciones de Mnichek, y nó á las levantadas protestas de Dimitri y de Marina.

—¡Se sacrifican en aras del deber, se había dicho á sí mismo, pero el corazón de Marina ya no me pertenece!

Al sentirse abrumado por tan horrible desventura, no vertió ni una sola lágrima. Era tan inmenso su dolor, que le había secado de repente el corazón. Obligado á no creer ya en el ángel, dudó de Dios. Elevó su frente hacia el cielo, y su mirada de desesperación era la del réprobo.

Cuando la gloria no había coronado sus sienes, cuando no había oído las aclamaciones de todo un pueblo, tal vez hubiera bebido con resignación el amargo cáliz; pero no podía hacerlo ahora que se había sentido inflamado por un noble orgullo, ahora que se había mecido con halagadoras ilusiones.

Había vivido y había trabajado para Marina; Marina ya no le amaba, y Jorge debía morir.

¿Qué le quedaba ya en el mundo?

Retrocedió precipitadamente, recompensó al jardineró, salió del palacio, subió en el trineo y dijo al jovencillo:

—Conduceme á aquella altura.

El palacio de Tula se halla situado en un ángulo de la ciudad, y el parque está contiguo á su deliciosa campiña.

—Señor, dijo Tadeo; aquella altura, según puedo distinguir á través de la sombra, no conduce á ninguna parte. Es un pico que se destaca sobre el abismo por donde se precipita el torrente.

—Bien, repuso Jorge; la noche está magnífica en medio de su sublime horror; la tempestad se acerca majestuosa y terrible, y quiero gozar desde allí de un espectáculo tan bello.

Estas palabras, dichas con perfecta tranquilidad, no



engañaron á Tadeo; aunque apenas contaba quince años, había comprendido todo el alcance de la escena á que había asistido; pero cuando Jorge mandaba, era imposible dejar de obedecer.

—Vete, le dijo éste, cuando llegaron á la cima del picacho, y vuelve á buscarme dentro de una hora.

¿Qué pensaba hacer?

Tadeo quiso resistirse; pero una mirada de Jorge le impuso silencio, y obedeció de nuevo.

Cuando Jorge se halló sólo, miró con complacencia las espumosas aguas del torrente, que se precipitaban por entre las peladas rocas.

Aquel era el lecho nupcial que le brindaba con un descanso eterno.

Hay momentos tales de desesperación en la vida, que ellos solos revelan la sublime grandeza del que es rey de lo creado. Hay momentos en que parece que el alma se anega en un piélago de amargura, en que parece que la existencia se quiebra como un frágil vaso, incapaz de contener la espumosa hiel que se desborda.

Jorge quiso darse cuenta de lo que le afligía, y no pudo. Le parecía que el universo saltaba sobre su quicio hecho pedazos, que los astros pendían medio desprendidos de la esfera, próximos á desplomarse sobre su cabeza.

Su pecho se levantaba á impulso de los latidos de su corazón, sus ojos estaban injectados de sangre.

—¿Si pudiese llorar! decía, pero nó: las lágrimas son el consuelo de los que sufren, y yo, ni pienso, ni sufro, ni muero! ¡Yo no sé lo que siento! ¡Si pudiese sufrir, me aliviaría!

Y el infeliz se revolcaba sobre las peladas rocas, para buscar en el dolor físico un lenitivo á su tormento.

—¿Dios, no hay Dios! exclamaba, sin cuidarse de la sangre que manaba de su frente; ¡no hay Dios, no hay alma, no hay virtud, no hay nada! ¡Insensatos! ¿qué es Dios? ¡Un rey negligente, un tirano, ó tal vez un fantasma, aborto de nuestros sueños. ¿Qué es el alma? ¡Un poco de barro, formado del mismo barro que el cuerpo deleznable! ¡Si el alma fuera inmortal, tendría belleza propia, y no sería la vil esclava de su vil sudario! ¡Sed sabio, sed justo, sed amante; ¿qué importa, si es deformo vuestro cuerpo? Pues nada vale el alma por sí sola, no puede estar formada de divina esencia!

¡Sal, pues, sal, miserable huésped, de mi miserable cuerpo, tú que me halagaste con vanas quimeras, tú que me meiciste con locas esperanzas, tú que me embriagaste con insensato orgullo! ¡Sal! ¡Vete, vete á reunirse con el lodo del cual eres asqueroso engendro...! ¡Ah, ah! ¡y el hombre imbecil ha podido suponerle la imagen de un Dios bueno!

¡Si el agua no reflejase la bóveda del cielo, señal evidente fuera de que el cielo no existía!

¡Pues el alma nada es, nada puede, nada vale, ese su magnífico creador no existe!

El lúgubre estampido del trueno pareció responder á su blasfemia...

Jorge enmudeció, y sus vacilantes miradas se fijaron en el firmamento, cubierto de inmensos nubarrones, negros unos, y otros inflamados por el rayo próximo á desprenderse de su seno.

El vendaval arrancaba de raíz los árboles gigantes... el torrente, mugiendo, arrastraba tras de sí las graníticas rocas; los relámpagos bañaban á intervalos con sangrienta luz los peñascos, que surgían repentinamente de las tinieblas cual amenazadoras fantasmas...

El espectáculo era imponente.

Jorge creyó ver el carro del Juez Eterno volar sobre las inflamadas nubes... creyó verle empujando el rayo y mandando á los furiosos elementos la destrucción del ingrato mundo....

Jorge sintió transida su alma, que creía de lodo, de un pavor sublime. ¡Tuvo horror y vergüenza de sí mismo!

En aquel instante, una ráfaga de viento agitó la campana de la vecina iglesia, y la campana dejó escapar un lastimero gemido....

Hubierase dicho que era el ¡ay! de la arrepentida naturaleza, implorando la piedad del Creador Omnipotente....

Jorge sintió una dulce amargura penetrar en su corazón entumecido, y una ardiente lágrima rodó por sus mejillas....

La blasfemia se trocó en oración....

¡Creia! . . . . .

Rayaba el alba, y en vano se empeñaba en esparcir su blanquísima claridad en el Oriente. El cielo estaba aún cuajado de nubes, y el trueno retumbaba á lo lejos, repetido por todos los ecos de los montes. Las aveciillas, aturdidas con el pasado estruendo, no se atrevían á entonar sus cantos, y asomándose al hueco de las peñas, sacudían sus alas mojadas y contemplaban el encapotado cielo.

La campiña estaba cubierta de charcos de agua, y las hierbecillas inundadas elevaban en vano su corola para buscar un rayo de sol en el oscuro ambiente. Toda la naturaleza parecía cubierta con un velo de luto, y asustada aún con la manifestación de la cólera divina.

Los altos campanarios de Tula estaban envueltos en la bruma, y apenas se distinguían sus agrupadas casas.

Á pesar de esto, notábase gran movimiento en la ciudad y en el palacio donde residía Dimitri.

Un brillante ejército, compuesto de alemanes, rusos, polacos y aventureros de todas las naciones se hallaba formado delante de sus puertas, y una inmensa turba de cortesanos montados en caballos, ricamente enjaezados, esperaban impacientes la aparición del czar de Rusia.

El caballo destinado para éste era un brioso corcel blanco, que ostentaba una mantilla bordada de oro y perlas, y hería el suelo impaciente por llevar su noble carga.

Marina se hallaba en su aposento, rodeada de sus damas y ataviándose también para emprender el viaje. La calma de su fisonomía, el gozoso brillo de sus ojos, revelaban bien á las claras cuán infundadas eran las suposiciones que había formulado su padre pocas horas antes.

Estaba segura de sí misma; amaba á Jorge, y ansiaba volverle á estrechar entre sus brazos.

De repente entró en la estancia un jovencillo.

Marina reconoció á Tadeo, y corrió á su encuentro.

—¿Qué es esto? exclamó; ¿á qué vienes? ¿me traes algún mensaje de mi esposo?

El niño movió la cabeza en señal de negación.

—¿Llega el mismo por ventura, y te ha mandado que vengas á prevenirme? prosiguió Marina con explosión de verdadero júbilo. Habla, Tadeo, habla; ¿en dónde le has dejado? ¿Qué hace? ¿Por qué permaneces mudo? ¿No ves que me abraso de impaciencia? Habla....

Tadeo sólo respondió con un suspiro.

(Se continuará.)

## TEATROS Y SALONES.

¡Aleluya! ¡Aleluya! Hé aquí que ha llegado ya la Pascua bendecida. El hijo de Dios se ha remontado triunfante á los cielos, la tierra se viste de flores, la brisa es tibia y perfumada, brillantes los rayos del sol, y alegres están todos los corazones.

La vida social recobra su movimiento; los salones se engalanan para recibir á sus elegantes concurrentes; los teatros abren sus puertas, atrayendo al público con sus novedades; los lazos amorosos se anudan, y no pocos, anudados ya, reciben la bendición solemne de la iglesia.

De muchas bodas aristocráticas me hablan: no mencionaré más que las que de público se nombran, para no incurrir en indiscreciones.

La de la señora Doña Cristina Roncali, marquesa de Roncali, con D. Antonio Rouré y Paulin, y la de Doña María Lopez Roberts y Orlando, hija de los condes de la Romera, con D. Fernando Jordan de Urries y Ruiz de Arana, hijo de los marqueses de Ayerbe.

Para las dos bellas desposadas se preparan magníficos *trousseaux*, que contienen todas las maravillas que ofrece la moderna industria.

No hace muchos días se efectuó en Palacio el acto de los desposorios de la linda señorita Doña Josefa Alvarez con D. Ernesto Corvin, siendo padrinos S. M. el Rey D. Alfonso y S. A. R. la Princesa de Asturias, y en su representación los señores de Nájera.

Asistieron los padres de la desposada, y como testigos los señores Gardiol y Negre, del comercio, y sus respectivas esposas.

El afortunado Circo del Príncipe Alfonso atraerá, sin duda, una numerosa concurrencia con su selecta compañía de ópera y el lujo inusitado con que serán exornadas sus representaciones.

En el Teatro Real llamará la atención la eminente trágica italiana señora Pezzana Gualtieri, que tantos lauros recogió en Madrid hace algunos años.

La señora Pezzana acaba de recorrer en triunfo todas las ciudades principales del Nuevo-Mundo, y creemos que su genio escénico se habrá aquilatado y enaltecido.

El favorecido teatro de la Zarzuela sigue divirtiéndolo al público con las graciosas operetas en las que tanto se distingue la notable actriz cómica señora María Frigerio, y á la aplaudidísima obra *Madama l'Archiduca* seguirán otras varias, en las que indudablemente alcanzará nuevos y legítimos triunfos.

Los que gusten de hallar un rato de verdadero solaz que ponga tregua á las preocupaciones del día, deben acudir á estas representaciones, en las que reina una hilaridad constante.

También se nota algún movimiento literario.

El señor Perez Galdos ha puesto á la venta un nuevo

tomo de sus episodios nacionales, titulado: *Los cien mil hijos de San Luis*, que se refiere á la época memorable de la entrada del ejército francés en España, el año 23. Aunque todavía no hemos tenido ocasión de leerlo, nos aseguran que sobrepuja en mérito á cuantos este renombrado autor ha publicado hasta el día.

Nuestro distinguido colaborador D. Nicolas Díaz y Perez acaba de publicar en un elegante volumen su preciosa obra *De Madrid á Lisboa*, que nuestras suscriptoras han leído con tanto gusto en las páginas de nuestro semanario, pero considerablemente aumentada y enriquecida por su autor, con curiosas notas y copiosos datos estadísticos. La acompaña además un mapa de las principales poblaciones de que hace mención en su pintoresco viaje.

Por último, el jóven escritor vascongado D. Vicente de Arana ha dado á la estampa, en Bilbao, una obra notabilísima, titulada *Oro y Oropel*, en la que, además de bellísimas composiciones originales, campean traducciones perfectamente hechas de Tennyson Percy, Longfellow, Michel y Bertola.

VÍCTOR CUENDE.

Más soluciones á las charadas que aparecieron en el número del 2 de Marzo, *Blasfemo* y *Patagones*, por las señoras Doña Ana Ruiz, de Sevilla; Doña María Padró, viuda de Espinall, de Manresa; Doña Julita Gonzalez, de Pau; Doña Margarita Sirgado, de Toledo; Doña Camila Benavente, de Lugo; Doña Tomasa Amigos, de Teruel, y Doña Teresa Jimenez, de Madrid.

Soluciones á las charadas que aparecieron en el número 11 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Marzo, por las señoras Doña Elena Benavides, de Sevilla; Doña Eulalia Mico, de Barcelona; Doña Carmen Vives, de Lérida; Doña Saturnina Mochales, de Ávila; Doña Justa Gomez, de Albacete; Doña Adelina Goicorrea, de Victoria; Doña Manuela Gonzalez, de Cádiz; Doña Irene Santaolalla, de Valladolid, y las siguientes:

### I.

Pertenezco al cristianismo  
Y recuerdo con desden  
Al padre del Islamismo  
Y profeta Abul-Kasen.

### II.

Sin duda es bella gacela  
Y de angelical mirada  
La que inspiró la charada  
Del nombre de *Rafaela*.

BAUDILIA CASTRILLO DE CABIA.

Aldea Nueva de Ebro.

## CHARADAS.

### I.

De la escala musical  
Notas son segunda y terciá,  
Y la prima consonante;  
Un nombre las tres completan.

El experto navegante,  
Cuando el temporal arrecia,  
Si está cerca de la costa  
Va en busca de prima y terciá;  
Pero, si duda encontrarla,  
Vira, y de allí se aleja,  
Que en temporales deshechos  
Es un peligro la tierra.

La industria fabril un día  
Nos trajo de indianas tierras  
Un producto muy precioso  
Que terciá y prima revelan;  
Pero ya, sin ir tan lejos,  
En nuestra patria se encuentra,  
Y en las fértiles Canarias  
Se logra buena cosecha.

El todo ya queda dicho,  
Un nombre que grato suena,  
Porque no es Caralampia,  
Restituta, ni Coleta.

20 de Enero 1877.

GERÓNIMO COUDER.

### II.

Es consonante mi prima,  
Dos repetida el que es bobo,  
Y emperador es el todo  
De muy cerca de la China.

BAUDILIA C. DE CABIA.

Aldea nueva de Ebro.



## VARIEDADES.

Hemos tenido el placer de visitar el elegante establecimiento de modas de Doña Eusebia de Castañon, calle de Espoz y Mina, núm. 16, y de admirar el abundante surtido de novedades en sombreros que para la próxima estación acaba de recibir de París.

Apénas hace un año que se ha abierto al público este establecimiento, y es ya tan numerosa la concurrencia que ha logrado atraer dicha señora, por su buen gusto y economía, que sólo puede admitir los encargos que se le hacen con algunos días de anticipación.

Los sombreros confeccionados por la señora de Castañon son preciosos, y tiene el arte de hacer que sienten bien a todas las fisonomías.

Las señoras que gusten visitar su tienda hallarán allí sombreros de todas clases y formas, cascos de paja y sus imitaciones, y un surtido completo de objetos pertenecientes á este ramo, pudiendo admirar además los preciosos modelos que semanalmente recibe, de dos de las casas más acreditadas de París.

\* \*

En la misma calle, núm. 11, se halla la magnífica fábrica de cor-

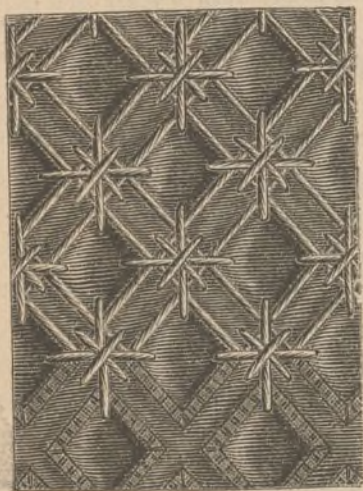


20. Fondo del sombrero núm. 6.

sés de Madame Grand, tan de antiguo conocida y querida de nuestras suscriptoras por su verdadera especialidad en corsés, pues no tiene rival en cuanto á confección y baratura.

También dicha señora ha recibido los últimos modelos de París, con las nuevas modificaciones introducidas en ellos, y tan indispensables con los vestidos de ahora, de cuerpos largos y ceñidos.

Por último, la acreditada casa de la señora viuda de Carmona é hijos ostenta ya en sus escaparates las lindas y caprichosas telas de primavera y verano, siendo su surtido magnífico, abundante y de un gusto tal, que difícilmente podrá admirarse en ningún otro establecimiento de Madrid.



23. Dibujo para el núm. 22.

De este modo, nuestras bellas suscriptoras, sin salir de la calle de Espoz y Mina, hallarán cuantas novedades deseen para su atavío de verano.

\* \*

Existía en cierta comarca una linda aldea, alrededor de la cual se hallaban bosques y árboles frutales. Florecían en la primavera aquellos árboles, y exhalaban los más deliciosos perfumes. Sobre sus ramas, así como so-



48 y 49. Paletot de entretiempo.



22. Gorro griego. (Véanse los núms. 23 y 24.)

bre las cercas de los alrededores, se anidaban multitud de pajarillos que hacían resonar los aires con sus alegres gorjeos. Al llegar el otoño se veían aquellos árboles cargados de manzanas, peras y ciruelas.

Pero unos chiquillos muy traviosos se dedicaron á coger los nidos de los pajarillos, y desde entonces, poco á poco, abandonaron aquella inhospitalaria comarca. No se oyó más el cántico durante las bellas mañanas de la primavera, y los jardines se convirtieron en tristes y silenciosos. Las orugas, tan dañosas á la vegetación, y las que los pájaros exterminaban en otro tiempo, se multiplicaron de tal manera y devoraron las flores y las hojas, que los árboles permanecieron desnudos y despojados como en medio del invierno. Los traviosos muchachos, que ántes tenían deliciosas frutas en aquellos árboles, no vieron ya crecer en ellos manzanas.

## EXPLICACION

DEL

Figurin 1.260.

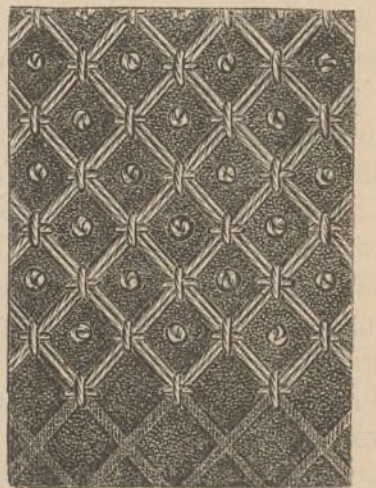
FIG. 1.<sup>a</sup>—Traje de entretiempo para casa.—Puede hacerse de la tela que se quiera; el que representa nuestro figurin es de lana barpoor, que es un tejido muy sedoso y flexible, y está guar-



21. Sombrero Archiduquesa.

necido todo alrededor por un plisé de nanzouk. El cuello vuelto, forma solapas. El adorno consiste en una cinta rosa pasada por entre ojales y lazos de la misma cinta. Prendido de muselina graciosamente plegada y cinta rosa.

FIG. 2.<sup>a</sup>—Traje de calle con túnica-frac.—Tendrá la misma distinción hecha en cachemir que en faya. Un sencillo plisé adorna la falda. El cuerpo, de aldeta cuadrada por delante, se prolonga por detrás en dos puntas que constituyen el frac. La túnica mon-



24. Dibujo para el núm. 22.



25. Vestido con túnica.

26. Vestido con falda y coraza.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de todas las ediciones el pliego de dibujos para bordados.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fouquet (antes Hiedra), 7.

Editor propietario: Carlos Grassi.



# CORREO DE LA MODA.

3 de Abril de 1877

En los últimos números de *El Correo*, hemos publicado una canastilla completa de recan nacido, y en el pliego de hoy vamos á completarla con algunos objetos y bordados, que sin duda nos agradarán las jóvenes madres que deseen ocuparse por sí mismas de esta agradable tarea.

## Derecho

Núms. 1 á 4. — Patron y dibujo de una linda camiseta, propia para completar los trajes de los niños, que suelen hacerse oscotados y de manga corta. Pueden hacerse de cachemir ó franela para el invierno, y de batista, muselina ó tul para el verano.

Núms. 5 á 9. — Representan tres haberos graduados, uno sumamente sencillo para recan nacido y los otros dos elegantes.

Núms. 10 y 11. — Cenefa y entredos bordados á la inglesa.

Varias iniciales sencillas para ropa blanca.

## Revés.

Núm. 12. — Representa otro lindo habero, bordado también con souché.

Núm. 13. — Cuello de batista bordado á plumetá.

Núms. 14 y 15. — Ángulos y cenefa bordados á souché para trajes y abrigos de niños.

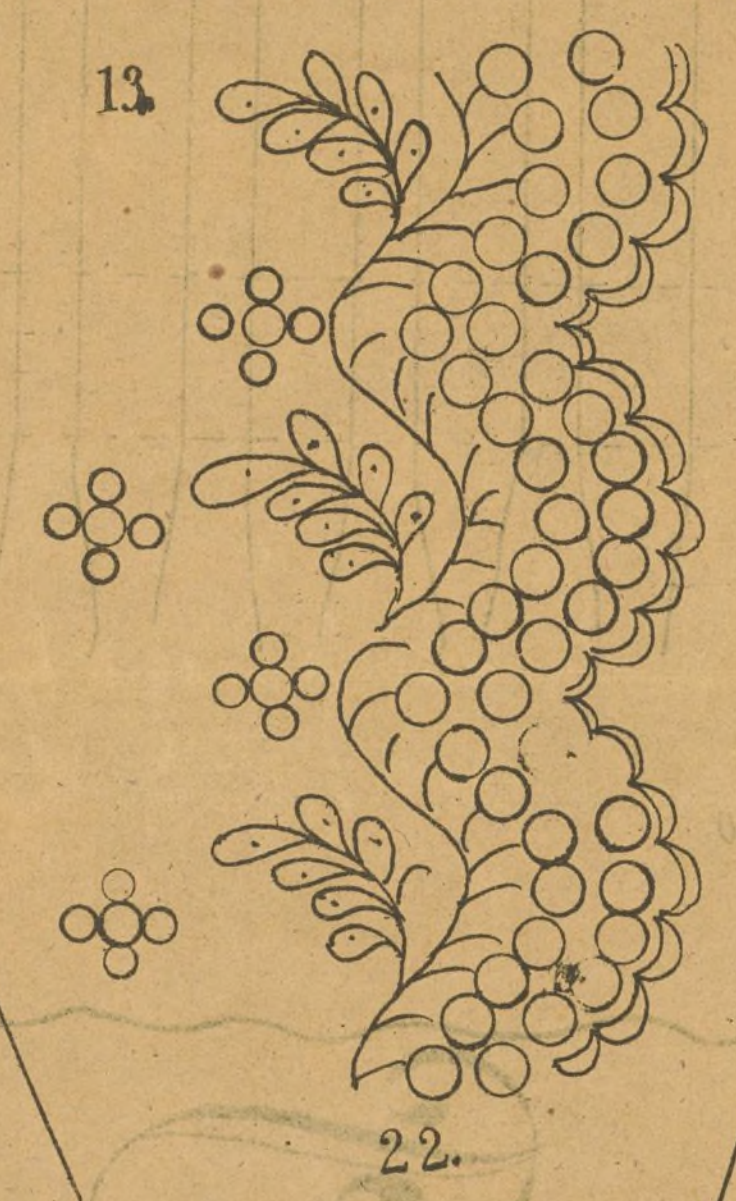
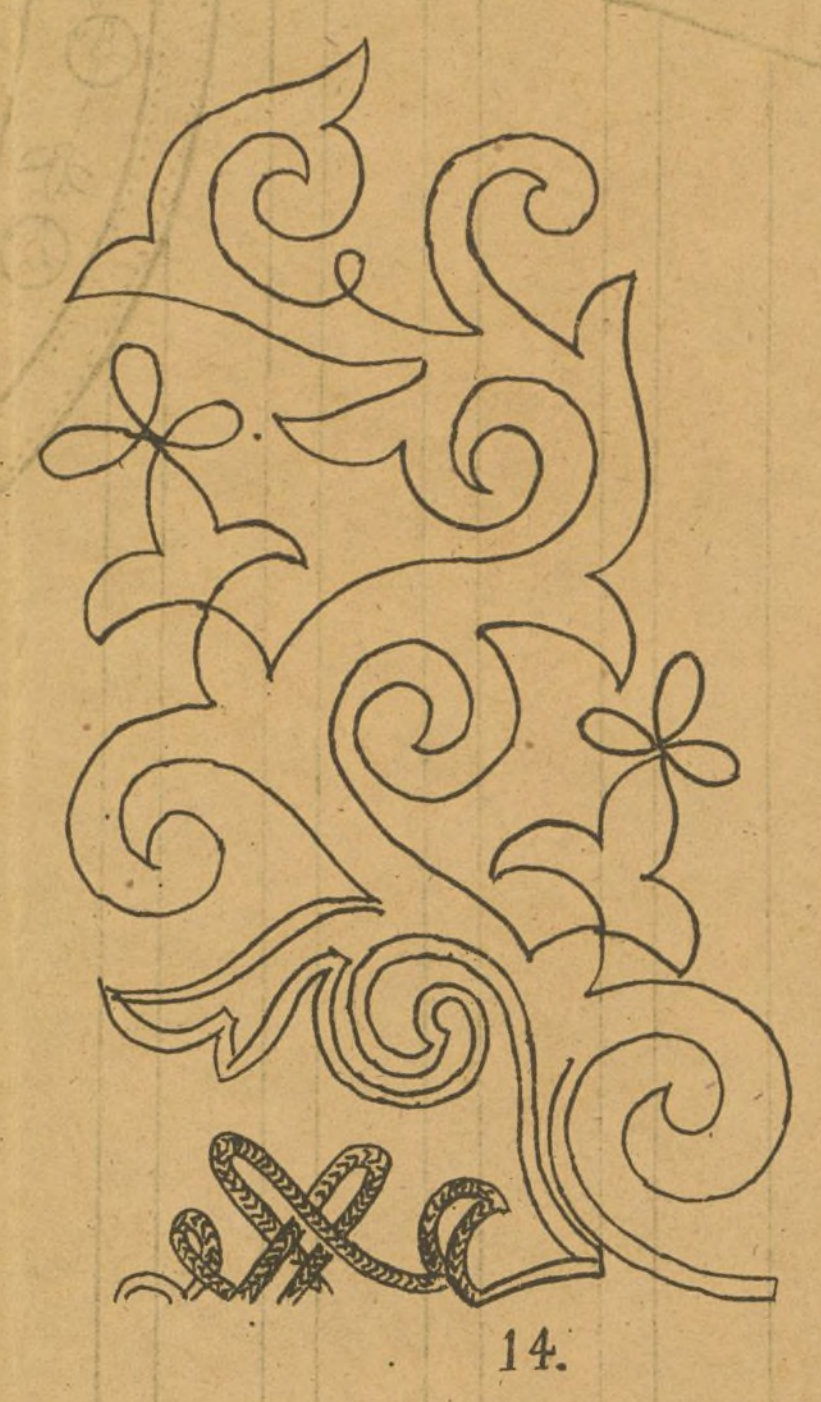
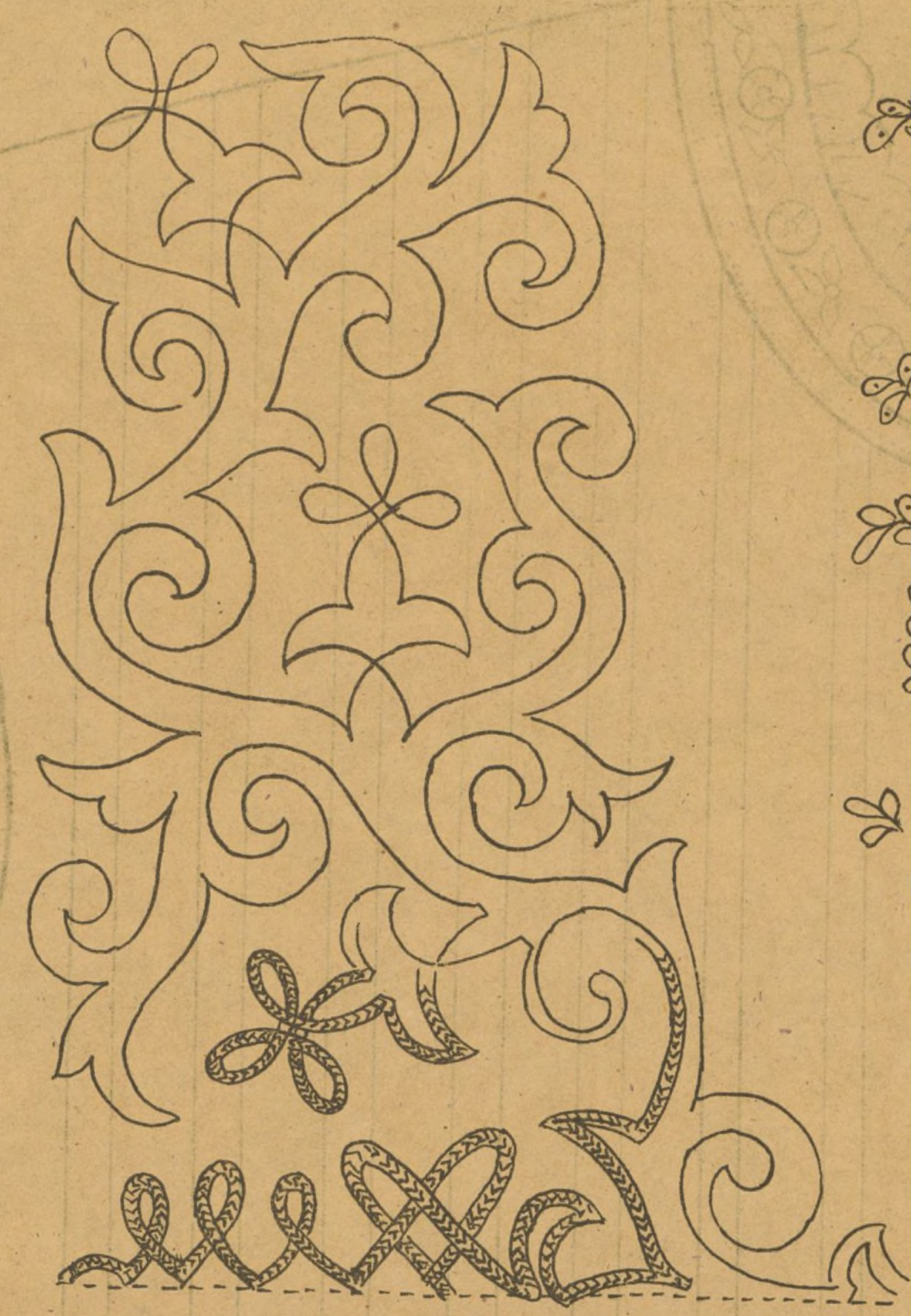
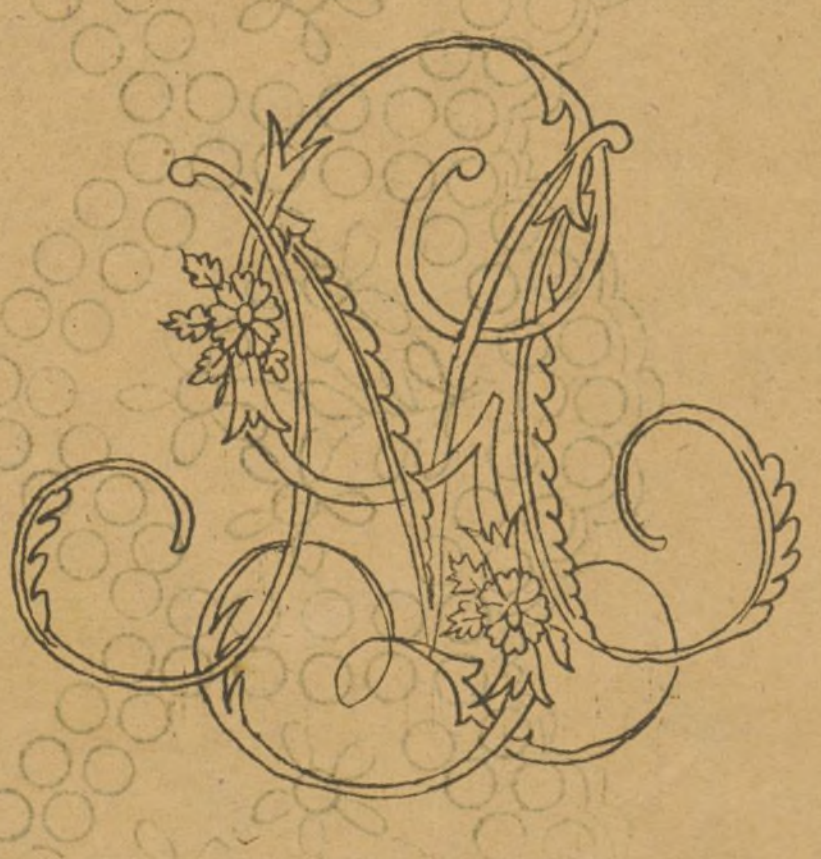
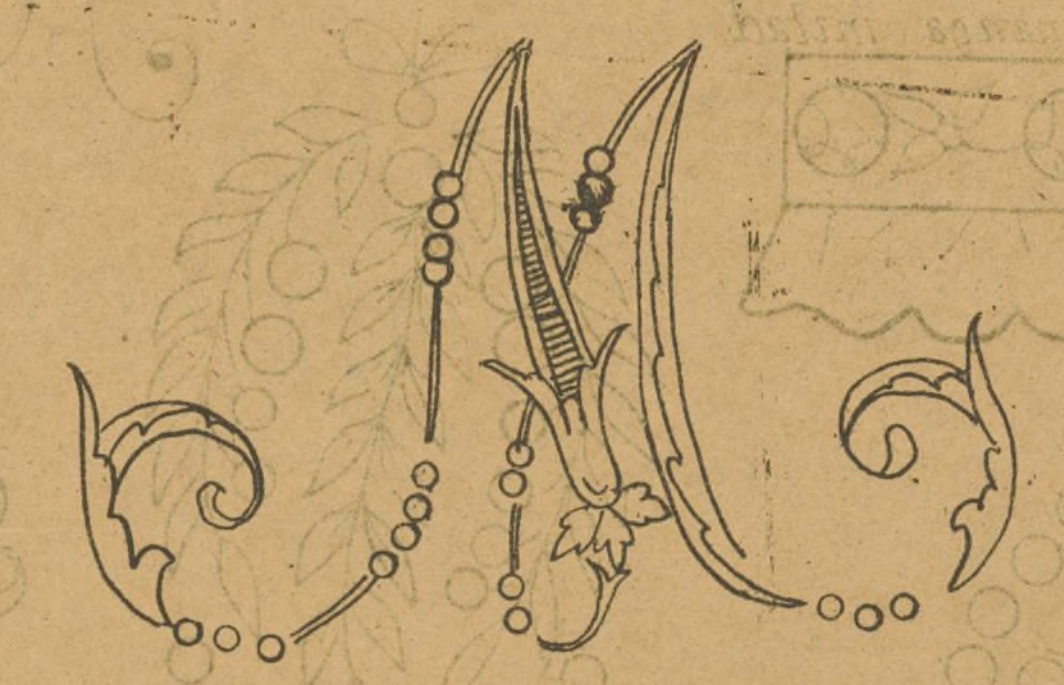
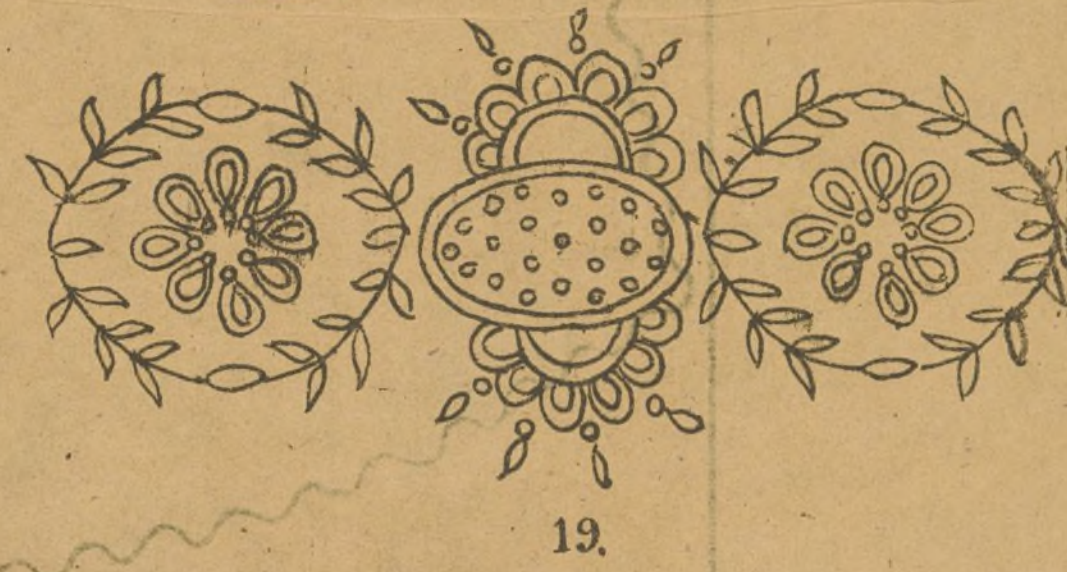
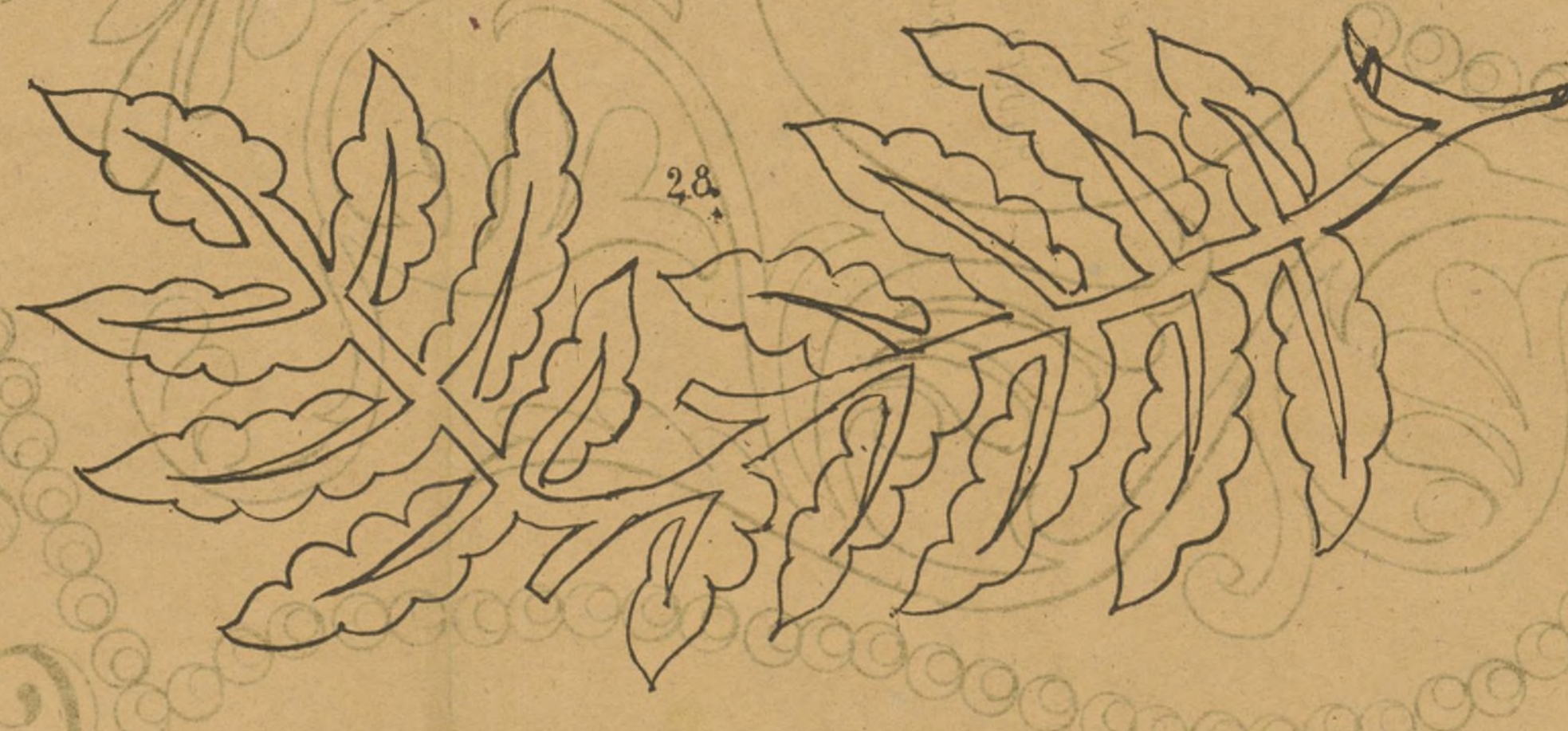
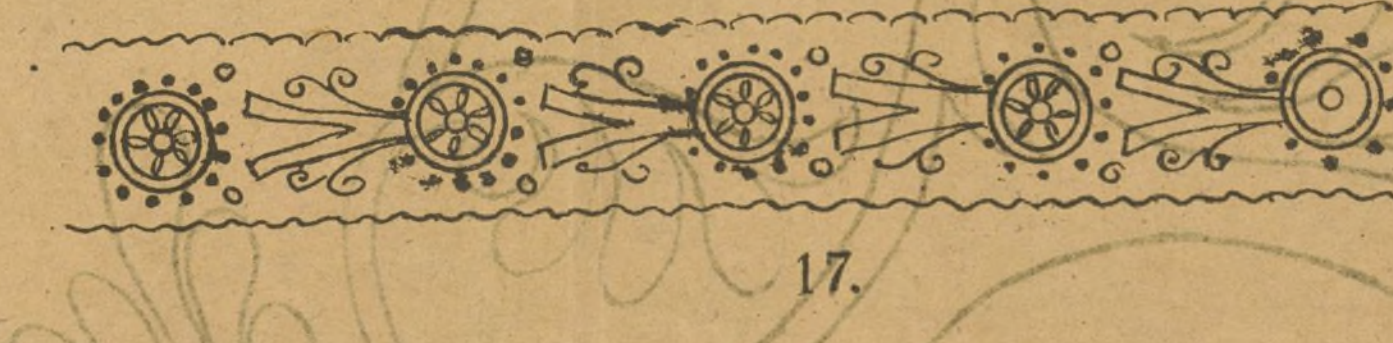
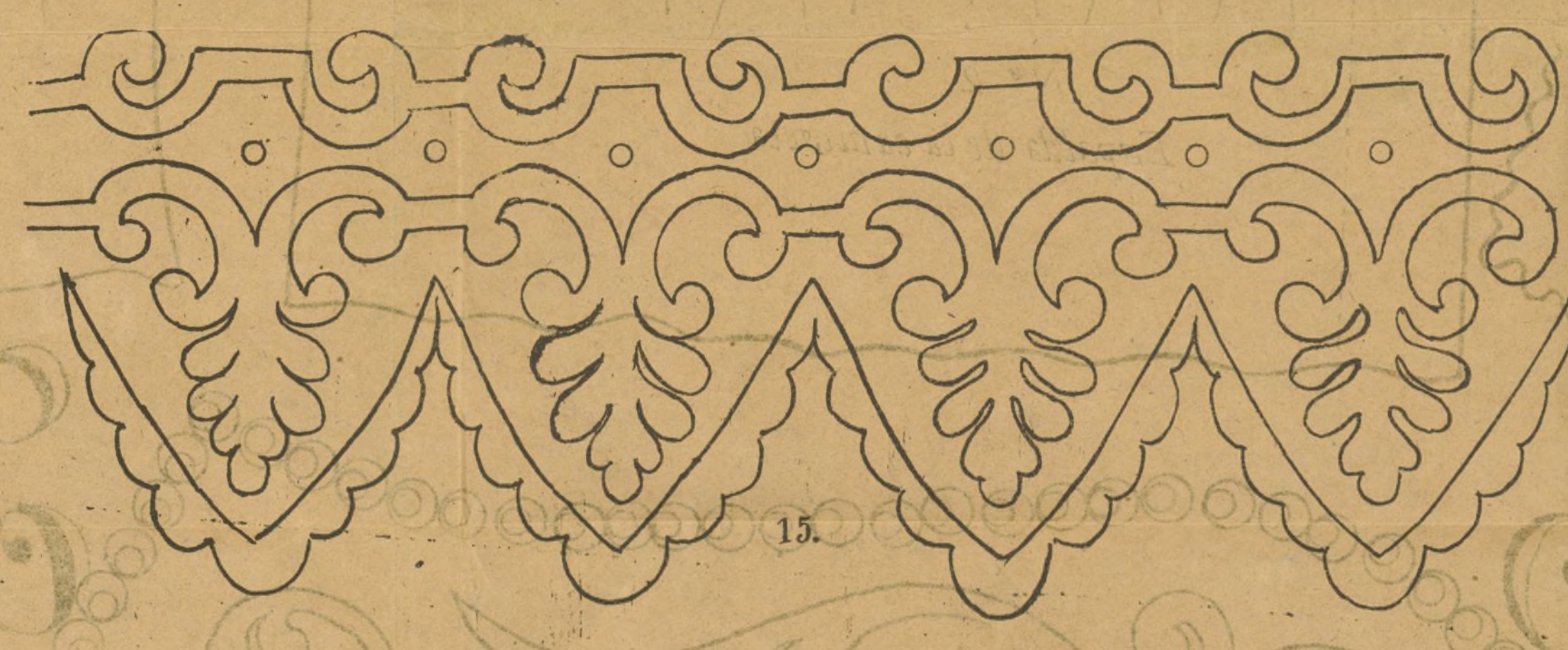
Núms. 16 á 23. — Entredos y cenefas bordados á la inglesa y al minuto para ropa blanca.

Núms. 24 á 27. — Adornos para ropa blanca bordados á plumetá.

Núm. 28. — Palma bordada de felpilla para trajes y fichas.

Las iniciales *M G, C G* enlazadas.

Letras y cifras para ropa blanca.



13. Zapalilla de verano tela bordada con souché



